

Historias Acuarianas Para Niños

Petirrojo Amigable por Florence Barr

En el jardín sucedían tantas cosas interesantes que cada día traía una feliz sorpresa.

Los hermosos narcisos, como campanas doradas bajo el sol, parecían tintinear suavemente cuando Rosalía y Dick pasaban junto a ellos. Las alegres mariposas, pequeños hijos del aire, volaban de flor en flor, mientras las abejas zumbaban alegremente mientras cortejaban a las flores brillantes.

Oh, era bueno estar vivos, estuvieron de acuerdo los niños, mientras atravesaban la puerta rústica que llevaba al huerto. ¡Qué hermosa vista los recibió! El manzano era un mar de fragantes flores: hermosas flores con suaves pétalos blancos como la seda, con puntas rosadas y corazones espolvoreados con polvo de oro.

—Dick —susurró Rosalía—, estoy segura de que si los árboles pudieran hablar, ese humilde manzano diría: "Soy hermoso porque soy feliz".

—Bueno, supongo que habla en idioma de árboles —respondió Dick—, pero nosotros no lo entendemos.

—¡Oh, Dick, mira! —gritó Rosalía—. ¡Los petirrojos han vuelto al manzano! Allí está la señora Petirrojo, así que el señor Petirrojo debe estar cerca.

Justo entonces, a sus pies, el señor Petirrojo cantó como si quisiera llamar su atención. Cuando los niños dijeron: "Lindos petirrojos, lindos petirrojos, nos alegra que hayan vuelto", él les cantó y parecía que su pequeña garganta casi reventaba de felicidad.

Como alabando el dulce canto del petirrojo, el manzano dejó caer suavemente algunas de sus fragantes flores. Sus robustas y bajas ramas ofrecían los mejores lugares para anidar, y sus frondosas ramas protegían a muchas familias emplumadas.

Los niños miraron hacia arriba y, montado en la rama más baja del manzano, estaba el nido del petirrojo. Era como un cuenco: el exterior cubierto de barro, palitos y hojas pegados entre sí. Pero el interior estaba forrado con pasto suave y musgo para que la señora Petirrojo estuviera cómoda.

El señor Petirrojo ahora saltaba por allí buscando un buen gusano gordo para el desayuno de la señora Petirrojo.

La luz dorada del sol inundaba el amable manzano y el árbol era feliz. Los capullos sonrojados abrían sus corazones de oro a la luz del sol.

—Allá va la señora Petirrojo —susurró Dick—. Espérame aquí, Rosalía, mientras veo si hay huevos en el nido.

Un momento después, dijo:

—¡Sí, hay! Cuatro huevecitos adorables, de color verde azulado.

La señora Petirrojo voló de regreso al nido, regañando y haciendo un gran escándalo. Rápidamente contó sus preciosos huevos y luego llamó con fuerza al señor Petirrojo. ¿Cómo podía saber ella que Dick no dañaría sus huevos? Había pasado por tantas experiencias trágicas que no podía correr riesgos.

—Anímate, anímate —dijo el señor Petirrojo—. Todo está bien, no ha pasado nada. He estado vigilando a ese niño y es amigo de todos los seres del campo. Solo quería ver nuestros preciosos huevos.

Los regaños y los gritos agudos de la señora Petirrojo hicieron que Elfin bajara de las ramas más altas, donde había estado trabajando en los delicados racimos de capullos.

Dick sintió pena de que la señora Petirrojo estuviera tan angustiada y se alegró mucho de ver a Elfin. Él era su amigo y arreglaría las cosas con los petirrojos.

—Bueno, bueno, han armado un alboroto en la familia de los petirrojos. ¿De qué se trata?

—Oh, Elfin, no quise hacer daño —dijo Dick—. Solo quería ver si había huevos en el nido.

—Eso pensé —dijo Elfin—. Debo presentarte a la familia de los petirrojos, y así serán buenos amigos.

Elfin habló con los petirrojos y ellos entendieron todo lo que él dijo. Todos los niños de la naturaleza y los espíritus de la naturaleza se entienden entre sí. Muy dulce es el lazo de amor que los une.

Cuando la señora Petirrojo estuvo completamente segura de que Dick había mirado en el nido solo por amor a ella y con la esperanza de que pronto los petirrojos bebés estuvieran saltando en el césped aterciopelado, cantó su cantar más hermoso.

Rosalía les contó a los petirrojos con qué ansias ella y Dick los habían esperado, esperando que anidaran de nuevo en el amable manzano. Rosalía tenía un alma tan maternal y siempre daba la bienvenida a sus amigos emplumados.

El señor Petirrojo se puso bastante conversador con Elfin y le confió que la razón por la que la señora Petirrojo estaba tan alterada era que un niño travieso una vez le había robado sus preciosos huevos, y ella nunca sabía lo que un niño descuidado podía hacer. Eso la mantenía siempre alerta.

Entonces Rosalía, Dick, Elfin y el señor Petirrojo tuvieron una agradable visita juntos. El señor Petirrojo dijo que él y su esposa realmente querían a los niños y niñas, y que siempre cantaban su más hermosa canción para los niños que los querían.

—Nos gusta pensar que cuando los niños cantan, algo de nuestra alegría vive en sus canciones —cantó el señor Petirrojo.

—A veces, cuando sabemos que a los niños les gusta tenernos cerca, nos aventuramos a construir nuestros nidos muy cerca de sus casas. Nos gusta saltar sobre los lindos céspedes verdes e incluso sobre los escalones de las puertas.

El señor Petirrojo entonces emitió un pío diferente, y Elfin escuchó atentamente.

—Sí —respondió Elfin—, estoy seguro de que a los niños les gustaría escuchar la leyenda del petirrojo de hace mucho tiempo.

—Hace mucho, mucho tiempo —dijo el señor Petirrojo—, cuando el niño Jesús estaba aquí en la tierra, alimentaba a los petirrojos que saltaban en la puerta de su madre. Había un petirrojo que nunca olvidó su bondad amorosa. Pasaron los años y cuando el querido Señor estaba en la cruz, ese petirrojo intentó ayudarlo y una gota de sangre salpicó el pecho del petirrojo. Por eso todos los petirrojos ahora tienen el pecho rojo. El querido Señor bendijo al petirrojo y lo llamó "Pájaro de Dios". Así que hasta el día de hoy, los petirrojos siempre tratamos de hacer nuestro deber. Ayudamos a los árboles hermosos alejando los insectos y gusanos que podrían dañarlos. Nunca anhelamos la grandeza, sino que estamos contentos de hacer nuestra pequeña parte ayudando a la Madre Naturaleza.

La señora Petirrojo ya tenía hambre, así que cantó dulcemente al señor Petirrojo y él se disculpó. Le dijo a Elfin que sería un petirrojo amigo y que llamaría a los niños cada mañana diciendo: "Despertad, despertad".

Rosalía y Dick, felices ahora de que los petirrojos fueran amigables, se despidieron de ellos y regresaron al viejo jardín con sus muchos hijos florales esperándolos.

El señor Petirrojo voló rápidamente hacia la señora Petirrojo. Con sus corazones rebosantes de alegría, cantaron una canción de alabanza a Dios, porque Él es su Dios tanto como es nuestro Dios, ¿sabes?

El manzano dejó caer suavemente sus exquisitas flores y algunos de los delicados pétalos flotaron en la suave brisa.